

## CAPITULO XII.

¿Que vientos han marchitado  
La tierna y amable flor  
Que en otro tiempo ha domado  
A este castillo afamado,  
Siendo su orgullo y su honor?

JEANNE BAILLIE.

EL antiguo castillo de Lidcote-Hall estaba situado cerca de la aldea del mismo nombre, y lindaba con el gran bosque de Exmoor, abundante en toda especie de caza, y en el que los antiguos privilegios pertenecientes á la familia Robsart daban á sir Hugo el derecho de cazar, lo que formaba su diversion favorita. Este antiguo edificio, poco elevado, ocupaba un espacio considerable de terreno, y estaba rodeado de un foso profundo. Una torre octógona y un puente levadizo defendian la entrada. Esta antigua fortificacion habia sido construida con ladrillos; pero las murallas estaban tan cubiertas de hiedras y otras plantas, que era muy difícil conocer ya con que materiales se habia fabricado. Cada

ángulo de esta torre se diferenciaba de los demas, lo que estaba muy léjos de la monotonia regular de la arquitectura gótica moderna. Habia en uno de estos ángulos un reloj, pero estaba parado, lo que estrañó mucho Tresilian, porque el buen caballero entre otras manías tenia la de querer saber del modo mas exacto el curso del tiempo, capricho que suelen tener los ociosos, al modo que los tenderos se entretienen en inventariar sus mercaderías en los momentos en que nadie viene á comprarlas.

Entrabase al patio del castillo por un pasadizo abierto en la muralla de la torre; estaba echada la puente levadiza, y la puerta principal entreabierta. Tresilian atravesó corriendo la puente, entró en el patio, y empezó á llamar á gritos á todos los criados por sus nombres. Al principio solo le respondieron los ecos que repetiesen su voz, y los perros de caza que aullaban en el sitio donde los tenian encerrados. Vió por fin llegar á William Badger, antiguo favorito de su amo, su primer cazador, superintendente de sus placeres, y su fiel guardia de corps. La frente del viejo se esplayó al ver á Tresilian.

— ¡Dios guarde á vm., señor Edmundo! exclamó: ¿está vm. ya de vuelta? ¿hay algun consuelo para sir Hugo? ya no sabemos que

hacer con él, nadie, ni el ministro, ni el señor Mumblazen, ni yo, ninguno.

— ¿Se halla peor de lo que yo le dejé?

— Peor..... no. Está tal vez mejor: la máquina está buena, pero la cabeza trastornada; no hay mas que eso. Bebe y come como siempre; pero no duerme, ó si vm. quiere, nunca está despierto, pues está siempre como amodorrado, ni bien dormido ni bien en vela. Decia la señora Swineford que esto era una especie de perlesía; pero yo la dije: No, no, es el corazon, el corazon solo es el que está indispuerto.

— ¿Y no pueden vms. distraerle con alguna de sus diversiones ordinarias?

— A todo le ha perdido el gusto. Ya no le divierten ni el chaquete, ni los tejos; ni una vez siquiera ha echado la vista sobre el librote de blason del señor Mumblazen. Me habia ocurrido detener el reloj, creyendo que cuando no oyese dar las horas, llamaria esto su atencion, y podria hacerle algun buen efecto; porque, como vm. sabe, señor Edmundo, siempre las contaba; pero ningun caso ha hecho de eso, de modo que pienso que podré volver á darle cuerda. He pisado una vez la cola á Bungay para que se enfadase, y vm. sabe que en otro tiempo me hubiera costado la torta-un pan; pues bien, oyó los

gritos del pobre perro como si fuera el canto de un jilguero ó pardillo. En fin, yo me vuelvo loco.

— Me dirás en casa lo demas, William; acompaña á este hombre, que le den de comer y le traten bien, pues es nada menos que un artista.

— ¡Ojalá supiera la mágica negra ó la blanca, y tuviese algun secreto para aliviar á mi pobre señor! ¡Eh, Tom! dijo al despen-sero que se asomó á una ventana baja, cuida de este artista; y cuidado, añadió en voz baja, con los cubiertos de plata, pues hay muchas clases de artistas en el mundo.

Dejó á Tresilian en una sala baja, y fué á ver como estaba su amo, temiendo que la vuelta inopinada de aquel á quien habia amado siempre como á un hijo, y que habia querido hacer su yerno, le causase demasiada impresion. Volvió al instante, y dijo que sir Hugo estaba soñoliento en su silla poltrona, pero que el señor Mumblazen vendria á advertir á Tresilian cuando encontrase un momento favorable.

— Mucho será que le conozca á vm., añadió el cazador en gefe, pues no se acuerda del nombre de ninguno de los perros de caza. Hace ocho dias creia yo ganado el pleito. Mañana por la mañana, me dijo despues de haber

bebido un trago en su gran vaso de plata, ensillarás á Sorrel, é irémos á cazar en la cuesta de Hazelhurst. Locos estábamos todos de contento, y listos desde el amanecer; montó á caballo, y cazó como otras veces, pero no habló una sola palabra sino para decir que el viento soplabá del sur, y se desventarian los perros; y miétras nos aprestábamos á continuar cazando, se detuvo de repente, miró á todas partes como volviendo en sí de un desmayo, y echó á andar ácia el castillo, dejando á nuestro arbitrio el continuar si lo deseábamos.

— Todo eso es muy malo, William, dijo Tresilian; pero tengamos confianza en Dios, ya que los hombres no pueden remediarlo.

— ¿ Nos trae vm. noticias de nuestra señorita Amy? Pero ¿ á qué preguntarlo? el semblante de vm. dice ya demasiado. Yo sin embargo habia creído siempre que nadie mejor que vm. podría dar con ella, y saber su paradero. El daño está hecho, y no tiene remedio. Pero si el tal Varney llegase alguna vez á ponerse á tiro, por el sol que nos alumbra, que no se me escapará.

Abriéron en esto la puerta, y entró el señor Mumblazen. Era este un viejo flaco y arrugado, con las mejillas como dos manzanas al fin de un invierno largo, y las canas cubiertas en parte por un sombrerito como los cestos en

que se venden las fresas en Londres, es decir en forma de bonete. Era un hombre demasiado sentencioso y lacónico para gastar inútilmente las palabras en saludar á nadie. Manifestó á Tresilian el gusto que tenia de verle, inclinando la cabeza y apretándole la mano, y le acompañó al cuarto de sir Hugo. William Badger les siguió sin que nadie se lo mandase, por ver si la presencia de Tresilian hacia cesar la apatía de su señor.

Sir Hugo Robsart de Lidcote estaba sentado en una gran silla poltrona, en una vasta sala mas larga que ancha, cuyas paredes tenían por adorno cuernos de ciervos y los utensilios necesarios para la caza en muy buen estado, cerca de una grande chimenea sobre la que se veian un sable y otras armas propias de un caballero, y cuya nobleza no habia respetado enteramente el moho. Era un hombre corpulento, pero no demasiado gordo, gracias á su decidida afición á la caza. Creyó notar Tresilian que la especie de letargo que se habia apoderado de su anciano amigo, le habia engordado miétras duró su ausencia. Por lo menos le habia oscurecido algun tanto la vista. Miró desde luego al señor Mumblazen, que fué poco á poco á sentarse junto á una mesa de encino sobre la que estaba abierto un gran volúmen en folio, y despues fijó sus

ojos sobre Tresilian sin acabar de distinguirle. El ministro, anciano perseguido en tiempo de la reina María, estaba sentado en un extremo del cuarto, con un libro en la mano. Saludó á Tresilian muy serio, y cerrando el libro examinó el efecto que producía su presencia en el padre afligido.

Al paso que Tresilian, bañados sus ojos en lágrimas, se acercaba al anciano que había deseado llamarle su yerno, la razón volvía á tomar su imperio en el ánimo de sir Hugo. Lanzó un profundo suspiro como un hombre que vuelve de un desmayo, agitáronse sus facciones, abrió los brazos sin pronunciar una palabra, y cuando Tresilian se precipitó en ellos, le estrechó tiernamente contra su pecho.

— ¡Con que no lo he perdido todo aun! exclamó: y al pronunciar estas palabras, se desahogó la naturaleza con un diluvio de lágrimas que bañáron en abundancia sus mejillas y su blanca barba.

— Jamas hubiera creído, dijo William Badger, tener que dar gracias á Dios de ver á mi amo llorar, pero lo hago de buena gana, aunque tambien se me saltan las lágrimas.

— Nada te preguntaré, dijo sir Hugo, nada absolutamente, Edmundo. O no la has

encontrado, ó la has hallado tan degradada que valiera mas haberla perdido.

No pudo Tresilian contestarle sino cubriéndose el rostro con las dos manos.

— Basta, basta. No llores por ella, Edmundo. Yo debo llorar, porque era mi hija: pero tú debes alegrarte, pues aun no era tu muger. ¡Santo Dios! tú sabes que es lo que nos conviene. Mi mayor anhelo era el de ver á Edmundo esposo de Amy: si se hubiera verificado, ¡que amargo seria ahora mi dolor!

— Consuelese vm., amigo mio, dijo el ministro; no es posible que la hija de nuestras esperanzas, de nuestros cariños, se haya hecho despreciable como se lo figura vm.

— Sin duda, dijo sir Hugo con ironía, haria mal en darla rotundamente el nombre de... que ella merece. Ya se habrá inventado algun otro en la corte; la infamia se cubre allí con un barniz brillante. La hija de un caballero campesino, de un viejo paisano de Devonshire, ¡que mas pudiera desear que ser la querida de un cortesano?... ¡y de un Varney! de Varney cuyo abuelo fué socorrido por mi padre cuando fuéron sus bienes confiscados despues de la batalla de... de... ¡Maldita sea mi memoria! ¡Saben vms. que batalla quiero yo decir?

— Despues de la batalla de Bosworth, dijo

Mumblazen, que se verificó entre Ricardo el Jorobado y Enrique Tudor, abuelo de la actual reina, *anno primo* del reinado de Enrique VII, en el año de 1485 *post Christum natum*.

— Eso es cabalmente, dijo sir Hugo, y no hay nadie que lo ignore. Pero mi triste cabeza se olvida de lo que quisiera acordarme, y se acuerda de lo que debiera olvidar. Desde que partiste, Tresilian, he estado loco, y ahora no estoy enteramente en mi acuerdo.

— Haria vm. bien, dijo el ministro, en irse á la cama, y reposar algunas horas. El doctor ha ordenado un calmante, y el gran médico nos recomienda emplear todos los medios humanos para poder sóportar las pruebas que nos envía.

— Así es la verdad, amigo mio, dijo sir Hugo, y trataré de soportarlas como hombre. Solo es una muger lo que hemos perdido. Mira, Tresilian, dijo sacando de su seno un rizo de cabellos, la víspera de su partida me abrazó, llenandome de caricias con mas ternura que nunca, y yo como un mentecato la cogí este rizo, que separó ella del resto de sus cabellos cortandole con unas tijeras, y dejandole entre mis manos, como única memoria que debía quedarme de ella.

Tresilian no pudo responderle, pensando tal vez que sensaciones tan dolorosas habrían

despedazado en aquel momento el corazón de la fugitiva infeliz. Quiso hablar el ministro, y sir Hugo le interrumpió.

— Sé lo que me va vm. á decir. Este es un rizo de cabellos de una muger, y por una muger entraron en el mundo la vergüenza, la muerte y el pecado. Y el docto señor Mumblazen podría aun citar muchas autoridades para probar su inferioridad.

— Un célebre autor francés, dijo Mumblazen, dice que *es el hombre el que combate y aconseja*.

— Pues bien, dijo sir Hugo, procuremos obrar como hombres, es decir con prudencia y con valor. Edmundo, te veo con tanto gusto como si me hubieses traído noticias mejores. Pero con tanto hablar tenemos secas las gargantas. Amy, que nos traigan vino. Acordandose entónces al instante de que la hija que tanto había querido no podía oírle, meneó la cabeza, y volviendose ácia el ministro, le dijo: El pesar es con respecto á mi ánimo estraviado lo que la iglesia de Lidcote con respecto á mi parque. Puede uno perderse allí en los bosques y matorrales; pero al fin de cada arboleda se descubre el campanario que anuncia el sitio en que estan las sepulturas de mis abuelos. ¡Ojalá reposara yo allí desde mañana!

Tresilian y el ministro instaron de nuevo al anciano para que se volviese á la cama, y lograron por fin su intento. Entrado ya en su cuarto, se metió en la cama, y Tresilian le acompañó hasta que empezó á dormir, yendo despues á ponerse de acuerdo con el ministro sobre lo que debian hacer en tan tristes circunstancias.

No podian esclair al señor Mumblazen de esta conferencia, y le admitieron con tanto mayor gusto, porque, ademas del socorro que podia darles su sagacidad, sabian que era tan taciturno, que podian contar enteramente con su discrecion. Era un solteron entrado en dias, de buena familia, pero pobre, y pariente lejano de la familia Robsart. Este parentesco procuró á Lidcote-Hall que le honrase con su presencia durante veinte años. Era su compañía agradable al viejo baronete, principalmente por su ciencia profunda, aunque estaba esta reducida al arte heráldico y las genealogías, con las fechas históricas correspondientes. Pero precisamente era esto lo que podia agradar mas á sir Hugo. Era para él una ganga tener á su lado un amigo á quien poder preguntar, cuando no se acordaba de alguna cosa, ó confundia los nombres y las épocas, lo que le sucedia con frecuencia. Entónces Miguel Mumblazen se hallaba, como

un libro abierto, dispuesto siempre á darle con precision y laconismo todas las noticias que podia desear; y aun en las cosas mas triviales se solia esplicar en un estilo enigmático y entreverado de términos técnicos del blason, sin que dejase por eso de dar consejos dignos de atencion; y como lo decia William Badger, descubria la caza miéntras los otros sacudian los matorrales.

— Mucho nos ha dado que hacer el buen caballero, señor Edmundo, dijo el ministro. Yo no habia sufrido tanto desde el momento fatal en que me arrancaron y separaron de mis ovejas, forzandome á abandonarlas á los voraces lobos.

— *In anno tertio* del reinado de María, dijo Mumblazen.

— Por amor de Dios, señor Edmundo, continuó el ministro, diganos vm. si ha aprovechado el tiempo mejor que nosotros, y si ha logrado vm. algunas noticias de esta infeliz señorita que, despues de haber sido durante diez y ocho años el regocijo y gloria de esta casa desolada hoy, es ahora la causa de su confusion y vergüenza. ¿ Ha llegado vm. á saber su paradero?

— ¿ Tiene vm. noticias de Cumnor-Place? preguntó Tresilian.

— Sí por cierto, respondió el ministro.

Era una especie de casa de campo del abad de Abingdon.

— Cuyas armas he visto, dijo Mumblazen, en una chimenea de piedra en la gran sala baja: una cruz debajo de una mitra.

— Allí está, dijo Tresilian, allí vive la desdichada con el detestable Varney, á quien mi sable hubiera castigado como merece, si una casualidad no le hubiese librado de mi furor.

— Bendito sea Dios por haber impedido que su mano de vm. se ensangrentase, temerario jóven, dijo el ministro. *A mí me pertenece la venganza*, dice el Señor. Lo que con vendria mas es librarla de los infames lazos con que la tiene atada ese miserable.

— Y que se llaman en términos heráldicos, dijo Mumblazen, *laquei amoris*, lazos de amor.

— Quisiera aconsejarme con vms. sobre eso, amigos míos, dijo Tresilian. Pienso ir á echarme al pié del trono, y acusar á ese malvado de perfidia, de seducción, y de haber quebrantado las leyes todas de la hospitalidad. La reina no dejará de escucharme, aun dado caso que el conde de Leicester, protector de ese infame, esté á su derecha.

— La reina, dijo el ministro, ha dado un buen ejemplo de continencia á todos sus súb-

ditos, y castigará con severidad y justicia á ese bribon. Pero ¿no haria vm. mejor en dirigirse desde luego al conde de Leicester, pues está á su servicio? Si le hace á vm. justicia, evitará vm. grangearse un enemigo poderoso, lo que no podrá menos de suceder, si acusa vm. directamente delante de la reina á su primer caballero y favorito.

— Mucho me repugna ese consejo, respondió Tresilian. No puedo hacerme á la idea de tener que litigar la causa de esa desgraciada hija de un padre infeliz, delante de ninguna otra persona que no sea mi legítima soberana. Leicester, me dirá vm., ocupa un puesto elevado: lo sé, pero es un súbdito como nosotros, y no será á él á quien dirigire yo mis quejas y plegarias, sino en el caso de no poder hacer otra cosa mejor. Pero sin embargo reflexionaré bien sobre lo que debo hacer, y es preciso que vms. me ayuden á decidir á sir Hugo á darme un poder en regla y completo, pues necesito hablar en su nombre y no en el mio. Ya que ha tenido ella la debilidad de enamorarse de ese miserable, es preciso que por lo menos la haga, casandose con ella, la justicia que puede hacerle.

— Valdria mas, dijo Mumblazen con un calor extraordinario en él, que muriese *cælebs et sine prole*, que mezclar las nobles ar-